

Fantasmía de enfermedad y desarrollo del insight en el análisis de un niño

Madeleine Baranger

(Montevideo)

Resumen

El caso presentado es el de un niño de 6 años y 10 meses, traído al análisis a raíz de unos pavores nocturnos.

En las primeras sesiones del tratamiento, se trata de mostrar la presencia de una “fantasmía de enfermedad”, en el sentido que S. Isaacs da al término de “fantasmía”, vale decir, de una estructura inconsciente que comprende, por una parte, una representación de la enfermedad vivida como entidad, cuerpo extraño y dañino encapsulado en la persona, y, por otra parte, la representación de todas las relaciones de la persona con este cuerpo extraño. Esa fantasmía, visible desde la primera sesión, e manifiesta en forma progresivamente más precisa y específica, y sufre cambios estructurales, llegando a transformarse en una “fantasmía del análisis”.

Se postula que el proceso de curación reside en el *insight* sobre es fantasmía> y se trata de esclarecer un aspecto de la noción psicoanalítica de *insight*. Tratando de especificar en qué consiste el carácter productivo e integrador del *insight*, se considera que corresponde a ciertas modificaciones estructurales de la personalidad. La adquisición del *insight* (visión integrativa) se comprende como una reestructuración de los distintos sectores de la persona y de sus vivencias internas y externas, insistiendo en que la comprensión en términos estructurales implica el factor dinámico de *discriminación*. La discriminación es lo que permite evolucionar a la estructura por redistribución de sus elementos e

inclusión de elementos nuevos, haciendo pasar al dominio del Yo un campo siempre más amplio de la realidad psíquica.

Los pasos más importantes de este proceso de reintegración parecen ser: la discriminación del amor y del odio (*insight* de la posición depresiva); la discriminación del adentro y del afuera (permite al Yo un manejo más eficiente de los mecanismos de introyección y de proyección); y la discriminación de la persona corporal (integración del esquema corporal).

Se destacan finalmente algunos aspectos del *insight* que parecen ligados más estrechamente con la situación analítica (transferencia), aún sin considerar la actuación específica de las interpretaciones. Se señala en primer término como la presencia del analista constituye de por sí un estímulo para la formación de nuevas estructuras. Más que todo, en cuanto el paciente reconoce la situación privilegiada del analista como objeto transaccional entre la persona y el mundo externo, se crea una situación experimental (“fantasía del análisis”) que constituye al analista en pantalla de doble proyección. Su pertenencia conjunta al mundo interno (identificación proyectiva) y a la realidad permite que se encuentren en él sin mayor peligro esos dos mundos, y ofrece una “visión afuera”, más fácil y menos angustiante, de este encuentro. Lo que se ve afuera en esta situación experimental reintroyectado, se transforma en “visión interna”, en *insight*.

Summary

The case is presented of a child of 6 years and 10 months, who was brought to the analyst because of his nocturnal terror.

Based on the first sessions of treatment, an attempt is made to demonstrate the presence of an "illness phantasy", in the sense which S. Isaacs gives to the term "phantasy": an unconscious structure which is composed, on the one hand, of a representation of illness experienced as an entity, as a foreign and harmful body encysted in the person; and on the other hand, the representation of all the relations of the person with this foreign body. This phantasy, evident from the first session, is revealed in a progressively more precise and specific manner, and undergoes structural changes which lead to its transformation into an "analysis phantasy".

It is admitted that the process of cure dwells in the *insight* acquired into this phantasy, and an attempt is made to throw light on one aspect of the psychoanalytic notion of *insight*. An attempt is made to define wherein lies the productive and integrating quality of *insight*, and it is considered to correspond to certain structural modifications in the personality. The acquisition of *insight* (integrative vision) is understood as a restructuration of the various sectors of the person and of his internal and external experiences. The fact is emphasized that understanding in structural terms implies the dynamic factor of *discrimination*. Discrimination is what permits the structure to evolve by re-distributing its elements and including new elements, thus placing under the control of the ego an ever-widening field of the psychic reality.

The most important stages of this process of re-integration seem to be: the discrimination between love and hate (*insight* into the depressive position), the discrimination between within and without (which allows the ego a more effective handling of the mechanisms of introjection and projection); and the discrimination of the corporal person (integration of the corporal schema).

Finally, some aspects of *insight* are emphasized which appear to be closely allied to the analytic situation (the transfer), even leaving out of consideration

the specific effect of the interpretations. It is pointed out, in the first place, that the presence of the analyst constitutes in itself a stimulus for the formation of new structures. Above all, insofar as the patient recognizes the privileged position of the analyst as an intermediary object between the person and the exterior world, an experimental situation is created (“analysis phantasy”) in which the analyst becomes a two - way screen. The fact that he belongs at once to the internal world (projective identification) and to reality allows the two worlds to meet in him without too many risks, and offers an easier and less anxious ‘external vision” of this meeting. What is seen on the outside in this experimental situation, once it is re-introjected, is transformed into “interior vision” on *insight*.

INTRODUCCIÓN

Los propósitos de este trabajo son los siguientes:

1) En una primera parte, estudio como, en el principio del análisis, fue surgiendo poco a poco la fantasía que el paciente tenía de su enfermedad, manifestándose en forma progresivamente más precisa y específica.

2) En una segunda parte, muestro cómo el desarrollo de, esta fantasía de enfermedad correspondía a un incremento del *insight*, y trato de determinar con más precisión el concepto de *insight*, expresándolo en términos estructurales.

3) En la tercera y cuarta partes, estudio la relación del *insight* y de la fantasía de enfermedad, con la situación analítica, y las modificaciones

aportadas por ésta en la estructura del mundo externo e interno del paciente, con exclusión de la actuación específica de las interpretaciones.

_ Paciente, un niño que llamaremos B., me fue traído hace un año a raíz de unos pavoros nocturnos. Tenía 6 años y 10 meses cuando o empezó el análisis. Trastornos anteriores habían inducido al pediatra a mandar hacerle un electroencefalograma, cuando tenía dos años y medio E1 resultado había sido normal. A pesar de este resultado, creo que la convergencia de unos datos de su historia infantil y su comportamiento en el análisis permiten considerarlo como un epileptoide.

I.— FANTASÍA DE ENFERMEDAD

Se suele decir que el niño no tiene conciencia de enfermedad Si eso significa que el niño no sabe cómo y porqué está enfermo lo mismo se puede decir del adulto. La distinción se fundamenta en el hecho que el neurótico adulto va a buscar ayuda en el análisis por su propio movimiento, mientras los padres nos llevan al chico. Está ampliamente comentado que la conciencia de enfermedad del neurótico es parcial, errónea, y que el primer objetivo del análisis es dar al paciente una conciencia más completa y menos distorsionada de sus trastornos.

El niño, evidentemente, sufre tanto como el adulto con sus conflictos. Podemos decir que sufre más, porque sus deferías están menos estructuradas. Cuando tropieza en su evolución contra un obstáculo insuperable, lo siente, y llega a su conciencia por lo menos alguna noción de que “algo anda mal”. Es capaz de expresar esa conciencia vaga de enfermedad, y en ciertos casos de explicarla por racionalizaciones y de buscar el tratamiento como lo hace el neurótico adulto. Esto no sería de gran ayuda si no implicara una vivencia inconsciente de la enfermedad. A mi parecer, el niño siente inconscientemente la enfermedad como una perturbación de su vida instintiva.

Creo que existe en el inconsciente una representación de la persona y de las relaciones interpersonales e intrapersonales en cada momento; es decir, que está estructurada una fantasía inconsciente de la persona y del funcionamiento del aparato psíquico. En caso de perturbación, la fantasía expresa la disfunción, es decir, que es una fantasía de enfermedad. Llamo fantasía de enfermedad a una estructura inconsciente que comprende por una parte una representación de la enfermedad vivida como entidad, cuerpo

extraño y dañino encapsulado en la persona, y por otra parte, la representación de todas las relaciones de la persona con ese cuerpo extraño. La existencia de tal fantasía me parece que se desprende del material que voy a exponer.

Creo que el alcance de la curación en el tratamiento analítico depende del número y de la precisión concreta de los detalles de esta fantasía que se pueden llevar a la consciencia y que el *insight* sobre la fantasía lleva a una disolución real del cuerpo extraño y a su asimilación parcial por el Yo, lo cual se traduce por una nueva distribución y un manejo más adecuado de las fuerzas psíquicas. Trataré de aclarar en el curso del trabajo el momento y el modo en que se hace esa disolución, es decir, lo podemos entender del efecto integrador del *insight*.

1) primera sesión.

Entra sin dificultad, sin aparentar angustia. Prueba en seguida si andan los autos que encuentra en su cajón. Les agrega 3 autos del cajón común, que arregla porque no tenían ruedas. Dispone en el suelo el avión adelante, sus 3 coches atrás y después los 3 coches del cajón común que había arreglado. Tira los coches como para hacer carreras. Hace como si volara el avión. Sin comentarios.

Elige en seguida entre los objetos de su cajón las cosas que andan, tienen ruedas, y que también se pueden descomponer. Los junta y los compara con los mismos objetos rotos, que trata de arreglar. Los dispone en el suelo en tal forma que el más rápido, el más potente, el símbolo más claro de su pene esté delante; las partes rotas, mal arregladas, detrás. Es la forma en que se presenta él. Necesita esos objetos rotos, aunque no le sirvan. No se puede desprender incluso de cosas inservibles. Duplica así el número de sus coches, tratando de tener más cosas. Es un chico gordo, come demasiado. La cantidad le es necesaria para sentirse más seguro.

Al mismo tiempo, empieza a tantearme, a probar si andan las cosas que le doy, si con el apoyo de lo que encuentra aquí puede andar su pene (el avión).

Dice:

Voy a escribir. Y hace su primer dibujo; una casa larga y chata, con una chimenea de la que sale mucho humo. A la izquierda, un

árbol bien verde, bien redondo, y dos florecitas. A la derecha, un árbol que tiene sólo las ramas, sin follaje, y debajo un hombrecito con sombrero alto. Las hojas del árbol están caídas. Dice que es un árbol tropical, que hay uno así cerca de la quinta de la abuela.

Un material muy conocido en el análisis de latentes. Los niños de esa edad usan simbolizaciones relativamente pobres constantes. La casa con los árboles aparece con frecuencia al principio del análisis y está relacionada con la preocupación por la diferencia de sexos.

Interpreto la casa como la madre. Podemos agregar: la madre unida al padre. El pene del padre es la chimenea y el humo es el calor de las relaciones sexuales. Al lado de la casa – madre los dos árboles - hijos: la hermanita, bien redonda, con todas sus hojas, y al lado dos florecitas que son otra representación del genital femenino. A la derecha, él: el árbol tropical con las hojas caídas. Son las caídas que sufría de chico, y que pone en relación con su calentura (es un árbol tropical). Como la hermanita, su genital está representado de nuevo al lado, en el sombrero alto del hombrecito, y la desproporción entre el sombrero y el personaje alude de nuevo a la excitación sexual, a la inadecuación de su pene en relación con su yo, que le provocaba las caídas. Las hojas caídas deben referirse también a partes perdidas, a la circuncisión.

Contesta a la interpelación: “lo hago así porque se me dan las ganas”. Y sigue coloreando el dibujo. Después de terminarlo, borra el árbol tropical y dice: “Lo voy a hacer de otra forma. Es el mismo árbol, pero con sus hojas”.

Interpreto que siente la necesidad de arreglarse, y se pregunta sobre la posibilidad de hacerlo, si aquí yo le voy a ayudar a arreglarse, a recuperar sus hojas para vivir de nuevo.

Empieza otro dibujo, en el pizarrón: dos chicos en el colegio, sentados en sus bancos. Dice que es el colegio donde va a la tarde, el colegio del Estado. Por la mañana va a un colegio israelita. Un chico está más delante, el otro más detrás. Corrige el dibujo para poner a los dos al mismo nivel.

Tratándose de un chico que no tiene dificultad de aprendizaje, debe ser importante la mención que es el colegio del Estado, donde están mezclados chicos judíos y no judíos. Ponerse al mismo nivel que su compañero, es una vez más tratar de arreglar su pene, de hacerse igual que cualquiera de los otros chicos, negar o arreglar la circuncisión.

Sigue dibujando en el pizarrón. “Copia”, es decir, contornea, el avión. Lo colorea. Copia uno de los coches. Lo colorea. Trata de “copiar” la pistola. No lo consigue.

Prueba un poco todo lo que le ofrezco para arreglarse, para ver si sirve Dibujar, “copiar” los objetos, es probar si le sirven, sobre todo si él es capaz de dominarlos, controlarlos (contornearlos) El avión, el coche, los maneja. Son símbolos de un capaz, que funciona bien, que puede pararse y andar. Pero no puede manejar la pistola, porque sirve para agredir a la gente, matarla. Lo que teme no poder controlar es su pene como instrumento de agresión.

Hace rodar de nuevo los coches y el avión en el suelo. Mira en el cajón común, toma los ladrillos, duda: “Ya sé lo que voy a hacer, una calle grande por donde pasan los coches, con las casas a cada lado”. Lo dice mirándome y sonriendo. Es la primera vez que anuncia lo que va a hacer sin que yo le pregunte. Empieza la construcción.

Está buscando dentro del análisis cómo trazar un camino, - ancho (una calle grande) donde canalizar sus impulsos.

En esta primera sesión se plantea lo que había de ser el problema central de su análisis: el temor a su agresión, — lo que más tarde llamará sus “nervios” — ligada a una situación de calentura: el hombrecito con sombrero de copa alta al lado de la casa - madre unida al padre (chimenea, humo). Esa agresión, vuelta contra sí mismo, le hacía sufrir las caídas o arriesgar la castración (circuncisión). Plantea también el deseo y la esperanza de revivir a pesar de esas amenazas, pero con la condición de poder encauzar la agresión por un camino bien trazado. Plantea la necesidad del control para poder sobrevivir.

2) El sueño de la víbora.

Tuve un sueño tan feo que casi me desperté llorando: Iba al almacén para comprar aceitunas. Me acercaba al barril de las aceitunas y veía que dentro estaba una víbora enroscada. Me escapaba corriendo, pero venía un hombre que me tiraba al suelo y después me tiraba la víbora encima.

Recordando que el chico había sido llevado al análisis a raíz de unos pavores nocturnos, podemos admitir que la pesadilla de la cual *casi* se despierta llorando tiene el mismo contenido que los anteriores pavores nocturnos. Aquellos han desaparecido a los 15 días de empezar el análisis, según mi criterio por dos motivos: 1) la descarga parcial que representaban el juego en sí — teniendo en cuenta que su horario de colegio no le dejaba prácticamente tiempo para jugar en su casa — la expresión, aunque muy simbólica y sin ningún *insight*, de sus conflictos; 2) el análisis sistemático de las angustias paranoides frente a la escena primaria. La disminución de la angustia le permite ahora dormir, pero el conflicto lo sigue apremiando desde dentro, produciendo la pesadilla.

El tema de la víbora afloraba desde hacía una semana. En una sesión anterior, había dibujado una espiral en el pizarrón, diciendo: ¿Adivine lo que es? ¡Una víbora! No ve que tiene un ojo acá? La vamos a encerrar. A Ud. le gustaría que la víbora del zoológico no estuviera encerrada? Y había dibujado encima un entrecruzamiento de rejas. Después quiso dibujar otra “más linda, hecha todo un ovillo”. No la puso entre rejas, pero la pintó con tantas tizas de colores distintos que desapareció por completo y no quedó en el pizarrón más que una mancha de varios colores.

El día en que me contó el sueño, me había traído un ramo de claveles. Los puse en el consultorio y lo primero que hizo fue dibujar en el pizarrón el florero con los claveles. Al mismo tiempo, preguntaba insistentemente si eran lindos, si me gustaban, y terminó diciendo que a él no le gustaban las hojas porque parecían víboras. Hubiera querido traerme calas y claveles, pero el florista no vendía sino media docena de cada clase.

Después de regalarme los claveles y de dibujarlos, me cuenta el sueño.

El contenido manifiesto es que va a buscar cosas buenas, ricas, y que se encuentra con un perseguidor. Es lo que teme en la situación transferencial;

viene hacia mí en busca de cosas que lo puedan alimentar, reparar, pero yo insisto en hacerle expresar su agresión, lo persigo con mis interpretaciones, que se la enseñan; me empeño en sacar la víbora de sus rejjas, o del barril que la mantiene encerrada. Había manifestado varias veces ya su temor de la violencia del padre, y en la sesión anterior había empezado quejarse amargamente de la hermana. Se da cuenta de que no va a poder reprimir mucho tiempo más las pulsiones y las fantasías agresivas. Esa agresión se va a volver en contra de él, yo se la voy a tirar encima. Desconfía mucho de mí. En otra sesión se había quejado de que el piso del consultorio estaba “lleno de pinchos”. Soy el hombre del sueño.

Soy también el barril de aceitunas que lleva la víbora dentro. Se acerca a mí para tomar las cosas buenas que según 1 han dicho le puedo dar, es decir, los contenidos apetecibles del cuerpo de la madre, pero está también dentro el pene del padre. (Manifestó varias veces la sospecha de que contaba su análisis a mi marido). Le queda el recurso de la huida, pero sólo de mirar dentro del barril ha despertado a la víbora, que ahora lo persigue. Ver o fantasear a los padres unidos había despertado en él un montón de fantasías sádicas cuya realización encarga al pene del padre, proyectando en él su propio sadismo. La víbora del zoológico, con abrir los ojos, ha salido de sus rejjas. Su tentativa de apoderarse del cuerpo de la madre le ha puesto en peligro de ser atacado por el pene del padre en forma oral y anal; la víbora muerde, penetra, envenena. Cae al suelo y le tiran la víbora encima: son las caídas que sufría de chico y verosímilmente el contenido de sometimiento homosexual de las ausencias.

La pareja parental es inseparable. No puede acercarse a la madre sin encontrarse con el padre. No puede conseguir lo bueno sin atraer al mismo tiempo lo malo. El es también el barril que contiene las aceitunas y la víbora, objetos buenos y malos, es decir, afectos ambivalentes. No puede traerme flores, símbolo de amor, los claveles, sin sus hojas, que son víboras. El dibujar el florero con los claveles, como el dibujar los juguetes en la primera sesión, representa una tentativa de controlar esa unión. Trazar los contornos es de nuevo encerrar a la víbora, ponerle rejjas, asegurarse que conoce y maneja todos sus aspectos y que por ningún lado va a escapar. Ni puede mitigar lo

terrorífico de esa unión agregándole la representación de un coito con un pene menos peligroso: la parte central de la flor de cala es más directamente fálica que la hoja de clavel, pero es muy suave a la vista y al tacto y no tiene nada de víbora. El es el almacén donde es peligroso meterse porque ha amontonado dentro de él objetos y sentimientos en lucha pero inseparables.

Esa imposibilidad de separar la pareja parental se expresa en el final de la sesión en un juego con coches agrupados por parejas. Dice directamente que son parejas de novios que van a una fiesta.

El aspecto sádico de esa unión había de verse más claramente en la sesión siguiente: organizó en el suelo una guerra entre rusos y alemanes. No llegaba a decidir cual sería el vencedor. Encontraba en los dos partidos cualidades y defectos, Se libraban una lucha encarnizada, los bombardeos destruían casi completamente los dos ejércitos, pero apenas parecía ganar uno hacía resucitar combatientes del otro lado. Cuando se me ocurrió preguntarle el origen de su familia, me dijo que eran polacos. El se siente destrozado por esa lucha interna, por la ambivalencia, como Polonia entre rusos y alemanes.

El sueño de la víbora, con sus asociaciones, dramatiza su fantasía de enfermedad especificando mucho más sus contenidos. Permite establecer en forma mucho más clara que el monto temible de agresión que siente dentro de sí está enlazado a la fantasía del coito de los padres, coito que vive en forma extremadamente sádica. Los modos en que podrá sacar afuera y elaborar esa agresión, los métodos que emplea para controlarla y los fracasos de ciertos mecanismos darán las vicisitudes ulteriores de su análisis.

Sueño del arroz a la cubana. Los “nervios”.

Al lado de mi casa había una confitería de cow -boys, y dentro un gran cow-boy - oso muy malo. Venía a la puerta un hombre que lloraba porque no tenía dinero para comer. El cow - boy lo iba a buscar y le ofrecía un plato de arroz a la cubana. Y mientras comía, con un cuchillo grande, le cortaba la cabeza, las manos, todo. . . Había hecho eso a muchos hombres, y después los tiraba al río. Y decía yo en el sueño: Querrá hacer un cementerio lleno de agua con hombres sin cabeza. Lo veía como en el cine.

La situación es parecida a la del sueño de la víbora: alguien viene a buscar comida y se encuentra con un perseguidor. En un plano transferencial superficial tiene el mismo sentido: el temor de que en vez de bien le hagan mal, de que en vez de alimentarlo le corte la cabeza, por vuelta de su agresión contra sí mismo si me escucha y la deja salir.

“Lo veía como en el cine” es importante. El está más alejado del drama, no es actor, sino espectador. Pero también un espectáculo mucho más movido, coloreado, concreto, podríamos decir, que el sueño anterior. El no se ve como protagonista de la acción, y lo complementario es que las actitudes de los personajes son más explícitas, los acontecimientos más precisos, las intenciones más cumplidas. El contenido manifiesto está menos alejado del contenido latente, con la salvedad de que él no se ve en el sueño.

Evidentemente, el pobre hombre llorando a la puerta de la confitería es él. Está llorando de hambre. La frustración oral había aparecido otras veces. Después del sueño en que no podía comprar las aceitunas, había dibujado, en otra sesión, una gallina dentro de su gallinero, y en el otro extremo del pizarrón, un gato; separando al gato del gallinero, una jaula de pajaritos, vacía.

Al principio de la sesión en que contó ese sueño, dibujó una manzana encima de una mesa. La manzana no reposaba sobre la mesa, sino que está más arriba, inalcanzable. La mesa misma estaba vacía, como la jaula de los pajaritos. La manzana estaba demasiado alta, la gallina protegida por el gallinero.

En sus comentarios del sueño, insiste mucho sobre el cow -boy-oso: Era un cow - boy, pero al mismo tiempo un oso. Es una representación muy clara de la pareja parental. B. grita y llora a la puerta de la confitería — del dormitorio — donde otros se divierten y comen. El está solo y hambriento, y protesta ruidosamente por su abandono. Sus quejas atraen a los padres unidos en forma indisoluble: el gran cow - boy - oso. No lo rechazan. Lo hacen participar del calor de la sala y de los alimentos. Pero cuando él empieza a satisfacerse, aprovechan su descuido para matarlo.

La angustia paranoide está incrementada. Lo que teme ahora es una seducción. La teme de parte mía, porque se siente cada día más tentado a confiar en mí, a contarme sus problemas, y a aceptar mi ayuda. No sólo me ha traído flores, sino que ha averiguado datos de mi vida privada, ha tratado de conocer mis gustos, de saber si tengo hijos. Sobre este último punto, me puso

a prueba haciéndome preguntas, reconociendo después que ya le había informado la madre. Preguntó cómo se llamaba mi hijo, y me dijo cómo lo llamaban a él en su casa, y que no le gustaba que lo llamara por su nombre en vez de usar su apodo. Se acerca más, y el peligro está en el acercamiento.

La transferencia negativa corre pareja a la positiva.

Teme la seducción de parte de los padres, porque los necesita y los quiere. En la sesión de la guerra entre rusos y alemanes, había explicado: “Los quiero porque son mi familia, ellos me crían”.

Escribió después un relato de la guerra que pronto había de transformarse en una proclamación de ambivalencia. “A los polacos también los odio, pero a mi papá y a mi mamá los quiero aunque sean polacos, y a mi abuela la quiero también aunque sea polaca. . . un tío mío es ruso pero le quiero mucho”.

“Ellos me crían”, es decir, que le dan calor, alimentos, cariño; cuanto más le dan, mayor es la seducción, mayor el dolor de la ambivalencia (culpa) de la cual tiene que salir regresivamente por la proyección de su odio y de su sadismo.

Las necesidades instintivas son más apremiantes, está más activo. No es solamente una mirada que desencadena la persecución, sino que viene a quejarse y a reivindicar su parte de la fiesta, de los placeres de los padres concebidos primeramente como satisfacciones orales. Accede a la invitación del cow - boy -oso, penetra en el lugar de los placeres, empieza a comer el arroz a la cubana, mientras que el chico del primer sueño había huido despavorido del barril de aceitunas, sin haber probado ninguna, por supuesto. El peligro está más escondido detrás de la seducción, pero la audacia es mayor, provoca directamente al perseguidor, y la satisfacción también es mayor.

Retrospectivamente, podemos pensar que en la sesión anterior el gato separado de la gallina por la jaula vacía no había sufrido quizá una frustración inicial y completa. Quizá se había comido a los pajaritos como bocaditos, y se sentía frustrado por no poder concluir su cena con la gallina.

El peligro —el castigo por la satisfacción — también es mayor. “Con un cuchillo grande, le cortaba la cabeza, las manos, todo”. Es claramente el peligro de castración y de muerte. El cementerio lleno de agua con hombres sin cabeza parece referirse a la circuncisión — penes sin cabeza — que sería

vivida como equivalente de la castración. Pero no hubo asociaciones al respecto. De todos modos, lo que sufre es el castigo específico de Edipo y eso tal vez nos permita precisar el punto de la satisfacción sobre el cual se engarza el castigo.

Cuando le hago preguntas sobre el arroz a la cubana, dice que le gustaría “si no fuera por la banana caliente”. Quiere participar de los placeres orales de los padres, se anima a comer el arroz y los huevos, pero lo que rechaza es la pulsión genital, la calentura que siente frente a la escena primaria. Efectivamente, él no tiene dificultades para comer; por el contrario, come mucho — demasiado, según el médico — y es un poco gordo. Lo peligroso es la banana caliente, su propio pene excitado, por identificación con el pene caliente del padre. No puede sentir el pene sino como instrumento de agresión, la calentura es equiparada a la destructividad. Al identificarse con el padre en la escena primaria, al introyectar esa banana caliente que es el pene del padre en las relaciones sexuales, la transforma en un cuchillo afilado y perseguidor. El órgano genital bueno, nutricio, se vuelve malo y castrador dentro de él. Su propio pene calentado por la fantasía de la escena primaria es destructor, y la Proyección de su sadismo sobre el pene del padre — el cuchillo grande — le hace temer ahora ser destruido.

Contesta a la interpretación: “Son los nervios. Y cómo los voy a sacar afuera? Son esos nervios! (haciendo como si se arrancara algo del pecho). Me da miedo, no puedo dormir. Esta noche voy a un casamiento. No voy a dormir. Sí, dormiré de cansancio”. Esta última asociación confirma la relación de los “nervios”, la destructividad que se proyecta en visiones terroríficas, con la fantasía de la escena primaria (el casamiento). Su movimiento al hablar de sacarse los nervios del pecho me llamó la atención. Su mano parecía hundirse dentro del cuerpo, dedos abiertos, como si buscara a tientas una madeja enredada entre otros objetos, tirando con violencia de los hilos, para después tirarla rápidamente lo más lejos posible, con una sacudida como para desprenderse de algo pegajoso.

Los nervios son la víbora “toda enroscada” del sueño, o “hecha un ovillo” del dibujo. Es un ovillo enmarañado de serpientes, de penes buenos y de penes malos, de amor y de odio, de rusos y de alemanes, de satisfacción oral y de deseo genital, de calentura y de sadismo.

Los nervios son inseparables por ahora, como el gran cow -boy - oso, como la banana caliente del arroz a la cubana, como la pulsión genital de las fantasías orales. La escena primaria es vivida como una totalidad confusa e indisoluble. Su fantasía incluye al mismo tiempo las pulsiones libidinosas y las destructivas, el instinto de vida y el instinto de muerte. Es “un ovillo”. Frente a la imposibilidad de desenredarlo, ordenarlo, se podría echar afuera, pero se va a volver en contra de él, va a sufrir él desde el exterior las agresiones fantaseadas hacia el exterior. De ahí la necesidad de mantener cuidadosamente a *toda* la víbora encerrada, a los nervios dentro de él. Es una represión masiva e intensa. Cuando dice que dormirá, pero de cansancio, en la fiesta de casamiento, debemos entender que el cansancio viene de la fuerza de la represión que tiene que ejercer para mantener los nervios dentro frente a la estimulación de la escena primaria por el casamiento. Y el cansancio lo entregará de nuevo al terror de lo que pueden cometer sus nervios fuera, en contra de él y en contra de las personas queridas.

Sin embargo, ese sueño parece mucho más positivo, dinámico que el sueño de la víbora. Creo que permite hacer un buen pronóstico de la evolución del paciente.

Hemos notado ya que parece tolerarse más ciertas pulsiones, especialmente las orales. Se permite un principio de satisfacción, aún la busca activamente. Come tranquilamente los huevos que me parecen acá una simbolización de los senos de la madre. Es como si todo el peligro recayera sobre la pulsión genital.

En la vida real, come mucho, se llena de objetos buenos, está orgulloso de su fuerza y de su estatura atlética. Estudia con gran facilidad, asimila los elementos intelectuales sin ningún esfuerzo y tiene éxito en el colegio. El sadismo oral y uretral están gran parte aprovechados por medio de la sublimación. Las pulsiones anales han dado lugar a formaciones reactivas satisfactorias para su vida de chico escolar: es limpio, ordenado, cumple fácilmente con los deberes del colegio. No se hace regañar por indisciplina o violencia, se aleja cuidadosamente de las peleas. Es hincha de Boca y cuenta con entusiasmo los partidos. Parece un latente relativamente bien adaptado a condiciones de vida que no son malas, pero que tampoco son perfectas, y que particularmente plantean un problema serio a su constitución por la falta de descarga motriz. Todos esos problemas, los maneja bastante bien. Lo que le

abruma es la violencia de la pulsión genital que parece haberse recargado con todo el sadismo y que no consigue extinguir del todo. Los conflictos orales y anales se manifiestan en el nivel fálico y aparecen ligados a los contenidos genitales.

Creo que la explicación reside en una particular intensidad de la libido. Esta intensidad había permitido sobrellevar en parte los obstáculos que constituía el instinto de muerte en las etapas oral y anal. Mantenía el sadismo dominado y fusionado en su evolución, y lo hacía evolucionar con ella. Pero frente a la represión intensificada de la latencia, la libido no pudo seguir adelante. Se produjo un estancamiento en su evolución, y el sadismo de las etapas anteriores, que había arrastrado consigo hasta la etapa fálica, se manifestó entonces en términos genitales.

Los “nervios” se pueden equiparar a la escena primaria introyectada. La escena primaria es vivida en forma excesivamente sádica porque contiene y condensa todos los remanentes « instinto de muerte que no se habían podido elaborar. Se reúne masivamente por temor de los peligros que la re-proyección Puede acarrear al Yo y a los objetos. La acción del análisis consistirá en ofrecerle una posibilidad de re-proyección para ver cómo se pueden distribuir y manejar las pulsiones en relación con objetos exteriores y mitigar las fantasías con pruebas en la realidad. (1)

3) Culpa y reparación. La máquina de coser. El Trolley – bus

Las sesiones siguientes expresan un tanteo de esa realidad una tentativa de poner en contacto al mundo interno con el mundo externo.

1

Susan Isaacs: “Modification of the Ego through the Work of Analysis” 1948. *“Childhood and After*. Routledge and Kogan Paul Limited. London.

“Esta modificación y re-distribución de las fuerzas inconscientes se produce a través de la vivencia del amor, del odio y de la angustia en ^ trabajo del análisis día tras día. La proyección en la situación de transferencia de las imagos internas queridas, odiadas y temidas sobre la persona del analista, no sólo permite de confrontarlas con la realidad externa, sino que es seguida por la re-incorporación de esas imagos modificadas. Se modifican por la experiencia de la paciencia y de la tolerancia del analista frente al odio y a la agresión, y por su comprensión de la angustia.

Llega muy agitado y cuenta: Los chicos del barrio jugaban al fútbol. Pegaron un pelotazo en el ojo a una señora. Empezó a llorar y fue a la comisaría. Vinieron siete camiones llenos de vigilantes y se llevaron a todos a la comisaría. Tuve mucho miedo, pensé que me iban a echar la culpa a mí porque hice un movimiento con el pie. Pero no lo hice, eh?

Creo que podemos traducir esa fantasía: Vea lo que puede pasar si “saco mis nervios” (la pelota). Voy a herir a la señora (la analista) y los vigilantes (el Super - Yo) me van a echar la culpa (voy a sentir culpa). Si suelto la víbora que mantengo encerrada, me van a encerrar a mí. Sólo la idea de soltarla (el movimiento con el pie) me puso en peligro.

Pasa a dibujar al pizarrón varios objetos: un ovillo de hilo, una aguja enhebrada, un pañuelito bordado, una máquina de coser, una mujer.

A primera vista, todos esos objetos parecen específicamente femeninos. Representan la posición femenina en oposición con la masculina. Es mejor quedarse como una mujer, con actividades de mujer, renunciar al fútbol, a los juegos masculinos que son tan peligrosos. Pero el ovillo de hilo es también la pelota de fútbol (los nervios). Con un hilo sacado del ovillo se ha enhebrado la aguja, con la aguja se ha bordado el pañuelo. El ovillo puede dar cosas buenas, que unen y adornan (el hilo, el bordado del pañuelo) llevadas por el pene (la aguja). El pene se puede usar como instrumento de reparación y no sólo de agresión. Las lágrimas de la culpa se pueden secar con el pañuelo bordado, del dolor de la ambivalencia surge la fantasía de reparación. Conjuntamente, la máquina de coser, símbolo muy claro del coito, expresa que la escena primaria puede tener aspectos buenos y positivos. Desenreda poco a poco el hilo para unir y reparar, puede servir a la integración de la personalidad.

La fantasía de esta clase se hacen más frecuentes. En otra sesión, dibujo un enchufe, una madeja de hilo eléctrico y una valija de electricista. Yo soy el electricista que tiene que arreglar su instalación eléctrica: los nervios, hilos cargados de destructividad, pero también aprovechables para fines útiles en la vida diaria. La fantasía de reparación de los nervios, — hilos eléctricos culminó en otra sesión, cuando declaró que más tarde gustaría ser chofer de trolley-bus, es decir, aprovechar su carga eléctrica en forma útil para la gente y para él. Ya ve la posibilidad de volverse grande, potente, rápido y de manejarse él

solo con bastante libertad (la relativa soltura de un trolley-bus si se lo compara a un tranvía).

Las angustias paranoides siguen siendo muy intensas. Se ven en el cuento de los vigilantes que llevan presos a los chicos. Se expresan también en una serie de dibujos de casas de campo provistas sea de un palomar encima, sea de una casita para el sereno al lado: tiene que seguir vigilando.

Un día que trabajaba con la arena amontonándola a un lado del cajón, se encontró con el fondo metálico del cajón, y comentó que “era como si sacando la tierra de un camino uno encontrara asfalto por debajo”. Al mismo tiempo, mientras hacía chirriar la pala contra el zinc, dijo: “Es exactamente el ruido que se siente al lado de mi casa. Empieza a las 7 de la mañana. No se puede dormir. Están tirando abajo un negocio de guardapolvos para construir una casa de tres pisos. Tiran cascotes. Casi recibí uno ayer, casi me mató. Está justo del lado de mi pieza, creo que van a romper la pared”.

El camino de tierra representa todo su aspecto exterior bueno de niño amable, educado, juicioso: en negocio de guardapolvos. Si esa fachada, nos podemos encontrar con cosas tan inesperadas y duras como el asfalto debajo de un camino de tierra, con cosas peligrosas, que pueden matarlo a uno. Contesta a mi interpretación: “No podían dejar el negocio de guardapolvos, tenían que construir la casa de tres pisos”. Tenemos que reconstruirlo en su posición masculina (tres). Tiene miedo de la destrucción que esto implica, pero se anima a enfrentarla. Puede mirar las relaciones sexuales (sin guarda - polvo) probar su capacidad en un juego de adulto de simbolismo claramente sexual: con una regla y unas bolitas, juega al billar. El aflojamiento de la prohibición de mirar la escena primaria fantaseada le permite mirar al mundo exterior también con sus propios ojos, valorando sus percepciones sensoriales: un día, pintando el mar, comenta: “Vio que el agua no es de un solo color, que también tiene a veces reflejos amarillos?” y pinta los reflejos amarillos. La aceptación de la realidad interna le permite una apreciación más objetiva de la realidad exterior.

5) El sarampión.

Habían pasado seis semanas desde el principio del análisis, y el chico parecía cada vez más conectado conmigo. Había dejado de contestar a mis interpretaciones que “no quería decir tal cosa” y empezaba a hacerme participar de sus juegos, por ejemplo encargándome de anotar las jugadas de las carreras de coches. Un día, al llegar, la madre me dice: “B. insiste para que le diga que no quiere venir más”. Una vez en el consultorio, B. empieza a quejarse y a protestar, en un tono de excitación y de tristeza: No necesita venir más, ya que ahora duerme bien. Puede jugar en su casa lo mismo que aquí, y mejor que aquí, porque tiene más juguetes. El sabe que sus temores son imaginarios, puede pensar sólo que no es cierto que lo van a abandonar o matar. Repite insistentemente: “No me gusta que me diga siempre que todo es Ud., por qué no me cree cuando le digo que no pensé lo que dice Ud.? Yo no le miento. No me gusta que se meta así en todo! Acaso es Ud. Dios?

La sesión siguiente es más reivindicatoria. Se excita más, y cuando le interpreto de nuevo su temor a que le saque sus nervios a la fuerza para hacer de ellos un mal uso _ que no sea Dios, sino el Diablo — contesta brutalmente:

“¡Que los saque! ¡Se los paso a Ud.! ¿Qué me importa? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Se va a poner toda rabiosa! Es como en el cuento de la indiecita. La mamá de la indiecita estaba enferma. El doctor la vino a ver y le dio un remedio. Se curó. Vino alguien que vio la botella del remedio y dijo: “Esa enfermedad debe haber pasado a alguien: Y cuando la indiecita fue a ver al doctor, él estaba con la enfermedad. Es lo que pasa con los nervios. Si me los saco, se los paso a Ud.!” .

Al día siguiente, me avisan que tiene sarampión. Falta a tres sesiones. Cuando vuelve, declara de entrada: “Yo no sé de quien me habré contagiado. Ahora están todos enfermos. Mi hermanita está con fiebre, mis primos también y los chicos vecinos también”-

Podemos pensar que, durante el periodo de incubación, sintió la enfermedad que le venía encima. Aún parece haberla sentido específicamente: Había dibujado en el pizarrón una carpa india con un indio dentro. Después se incendiaba la carpa, y el incendio destruía todo, una capa de tiza colorada hacía desaparecer el dibujo. Le había interpretado su deseo de expulsar la

calentura (los nervios) pero que se lo impedía el temor de destruir todo y de quedar él mismo destruido por el incendio consecutivo.

Parece que el sarampión había expulsado realmente sus nervios, pero guardándolos en la superficie del cuerpo en vez de desprenderse de ellos por completo. Así había sufrido realmente el incendio (la quemazón) en su piel, como si estuviera envuelto en las llamas de la carpa india.

La reacción de no querer venir más al análisis al sentir la enfermedad obedecía a un incremento de las angustias paranoides y depresivas.

Las primeras se concretaban en el temor de que yo lo hubiera enfermado, de que en vez de curarlo le hubiera contagiado una Hueva enfermedad; o que me pusiera “rabiosa” por la proyección en mí de su rabia, y que se repitiera en la realidad la situación de los dos sueños: una persecución siguiendo a una seducción.

Pero creo que en ese momento priman las angustias depresivas. Se expresan directamente en el cuento de la indiecita: soy el doctor y me voy a enfermar si lo curo. Su huida está determinada por la necesidad de protegerme y de proteger a sus familiares. Cuando dice: “Ahora están todos enfermos”, me lo reprocha. Recae sobre mí gran parte de la culpa por no haberle hecho caso cuando quería mantener a la víbora encerrada, por haberlo impulsado a sacar sus nervios y no haber sido capaz de controlarlos. Por eso me reprocha mis interpretaciones, me incrimina por hablar constantemente de sus nervios cuando él trata de negarlos. Mi descuido había soltado peligros no solamente para él, sino para los suyos. Tuvo la prueba de que yo no era capaz de tomar el control que le escapaba a él. Esto será un tema importante de su análisis.

La sesión siguiente permite aclarar el significado del sarampión para su inconsciente. Al entrar, me ofrece una pastilla de menta, me pide un vaso de agua; prueba en los dos sentidos (paranoide y depresivo) las posibilidades de contagio por vía oral entre nosotros. Cuenta que a la hermanita le había brotado el sarampión, que la madre le preparó un jugo de naranjas y ella no lo quiso tomar. El tomó el jugo de naranjas rechazado por la hermanita. La hermanita nunca está satisfecha. Todos le trajeron regalos y siempre está pidiendo más. Tiene un montón de juguetes. Por qué quiere tantos si siempre los rompe?

La hermanita tiene sarampión como castigo de su voracidad (“siempre pide más”) y de su sadismo oral (“siempre los rompe”). El ha vivido el sarampión

como castigo de sus pulsiones orales destructivas. Es de pensar que el debilitamiento del Yo por la enfermedad fue lo que permitió la regresión a las angustias más primitivas. Es una regresión muy pasajera, de la cual sale inmediatamente con la prueba de los peligros en la realidad: toma el jugo de naranjas, me ofrece la pastilla ríe menta y me pide el vaso de agua. Ese patrón de conducta será en adelante el de su relación conmigo en el análisis: un manejo por el Yo de la proyección y de la introyección en la situación transferencial, una movilización activa de la fantasía en un intercambio más fluido con la realidad. El intercambio oral conmigo inicia una serie de juegos de los cuales me hace participar y que dramatizan la escena primitiva. El ovillo de nervios está ahora en medio del cuarto de juego y se empieza a desenredar.

II. INSIGHT Y FANTASÍA DEL ANÁLISIS

El episodio del sarampión cierra una fase del análisis. En las seis semanas que acabo de contar, casi todo el material lo constituían dibujos y relatos de la vida cotidiana o de fantasías. El chico jugaba muy poco, y eran juegos muy poco movidos: carreras monótonas de coches o juegos con bolitas. Si removía la arena, lo hacía con mucho cuidado de no ensuciarse y de no ensuciar el cuarto. Se mostraba muy bien educado, muy cortés, y no se le ocurría darme otro papel en la sesión que el de espectadora. Después del sarampión, ese cuadro cambia totalmente: arena y agua se desparraman por el cuarto, los muebles están volcados, la casa resuena de cantos y de gritos. El chico me insulta, me agrede físicamente con golpes y escupiduras. Además, me hace participar en sus juegos, me asigna siempre un papel frente a él. Actúa su fantasía conmigo.

Creo que podemos interpretar el sarampión como una expulsión transaccional de los “nervios”, un paso intermediario antes de la verdadera expulsión, de la proyección sobre la persona del analista,

Cabe preguntarse por qué proceso se ha producido un cambio tan radical como la movilización activa del conflicto anteriormente reprimido. A mi parecer, se trata de una reestructuración de la personalidad, que, apoyándose en el elemento nuevo que constituye la situación transferencial, puede adquirir un nuevo *insight* y operar una redistribución de los objetos de su mundo.

El término de *insight* se irá definiendo a medida que adelantamos en la comprensión del material desde este punto de vista. Provisionalmente, podemos distinguir dos sentidos del término: a) la visión adecuada del mundo interno, considerada como meta y resultado del proceso terapéutico, y que corresponde a un “estado ideal de integración de las funciones del yo con la suma de todas las fuerzas psíquicas”.⁽²⁾ b) Un acto por cual se percibe la conexión de regiones del mundo psíquico y Se ensancha la visión definida en el sentido a).

Cuando el chico llega al análisis (primera sesión), sabe que algo anda mal: conoce su síntoma, Pero no establece relaciones entre lo que expresa simbólicamente en el juego y los pavores nocturnos. A mis primeras interpretaciones de la escena primaria en función del síntoma, contesta: “Es una costumbre que agarré”, es decir que toma de mis palabras lo que le era ya conocida?, escotomiza la relación que trato de establecer. Esto no impide que la interpretación produzca cierto alivio de las tensiones en el inconsciente. El sentirse comprendido refuerza el aspecto positivo de la transferencia y lo impulsa a entregarme más aspectos de su fantasía: el regalo de los claveles es la entrega simbólica del conflicto. El contarme el sueño de la víbora me empega otro aspecto, que además me trae enlazado al síntoma (“casi me desperté”) y a afectos (“tan feo, llorando”). Me presenta un conjunto confuso y disociado que él ni se atreve a mirar (“huía corriendo”). Esa entrega significa algo: es una tentativa de conexión conmigo, una respuesta al estímulo de mi presencia repetida y de mi actitud observadora. Siente la urgencia de establecer una relación con el nuevo objeto, su mundo interno se moviliza por la necesidad de incluirme y se disgrega en una masa desorganizada de elementos dirigidos hacia el elemento extraño con fines de integrarlo en una nueva estructura.

Si yo no rechazo los claveles, si miro dentro de él sin amístarle, es que no es “tan feo” y que las tendencias escotofílicas no son tan prohibidas. Esto refuerza sus propias tendencias escotofílicas, le permite volver la mirada hacia el contenido del barril de aceitunas, enfrentarse con su mundo interno. Es

² Gregory Zilboorg: “The Emotional Problem and the Therapeutic Role of Insight”. *The Psychoanalytic Quarterly*. Vol. XXI. No 1. 1952.

decir, que me internaliza con la función que desempeño frente a él en ese momento, se identifica conmigo como observadora y al mismo tiempo se estructura con la discriminación de un espectáculo y un espectador.

Esa discriminación del “Yo observador” dentro de la persona se expresará en el contenido manifiesto del segundo sueño: “Lo veía como en el cine”. Es el primer paso hacia el *insight* en el sentido etimológico de la palabra, el enfocamiento de la mirada hacia el mundo interno.

La mirada, condicionada por esta primera discriminación dentro de la persona, capta una nueva organización que se expresa en la declaración: “los quiero aunque sean polacos”. Es el reconocimiento y la aceptación de la ambivalencia. Melanie Klein ⁽³⁾ dice que el *insight* se incrementa con la aparición de la posición depresiva, caracterizada por la vivencia simultánea del amor y el odio hacia una misma persona. “Los quiero aunque sean polacos” expresa simultáneamente los dos afectos: amor a los padres buenos que lo crían, odio a los padres destruidos y perseguidores (los polacos), pero los expresa en una relación particular de los dos elementos: *aunque*. El amor es más fuerte que el odio y lo domina. Los dos afectos contradictorios están dados no como un conjunto, sino como una estructura (síntesis de los elementos en una nueva totalidad). Creo que se recalca por lo general el aspecto de conjunto. Pero que lo que constituye el *insight*, es la visión discriminada, la aparición de la estructura dentro de la visión confusa que antes se vislumbraba.

Sólo si es una visión discriminada se puede hacer evolucionar su contenido. Sólo si se ve al mismo tiempo que al amor y al odio juntos a la posibilidad de disociarlos, se puede usar el uno para contrarrestar al otro y se presume la formación de nuevas estructuras. Por ejemplo, ya que es el mecanismo típico de la fase depresiva, se puede derivar el amor en las fantasías de reparación. La visión de la persona como estructura significa que no es completamente mala (destruida), que puede modificarse, que el paciente no está condenado a la repetición, a dar vueltas interminablemente en el círculo de la culpa. Creo

³ Melanie Klein: “On the criteria for the termination of the anal phase”. *The International Journal of Psychoanalysis*. Vol. XXXI. Part III. 1950. (pág. 78).

que esto constituye el primer *insight*, la captación de la persona como totalidad organizada de amor y de odio, del bueno y del malo en una relación particular.

La segunda etapa se expresa en otra declaración, en la sesión del segundo sueño: “Son los nervios”. Es la verbalización de una estructuración de la fantasía de enfermedad en un sentido más amplio, es decir, de la fantasía de la persona enferma: una persona y dentro los “nervios” como cuerpo extraño, enquistado dentro de la persona, como si se hubieran formado por el precipitado, o más bien la cristalización de ciertos elementos del mundo interno. La nueva estructura discrimina pues dentro de la persona un núcleo patógeno enquistado “los nervios”; dentro del núcleo patógenos, los afectos ambivalentes. Creo que el *insight* está aquí dado de nuevo por la formación de una nueva estructura, es decir, por la discriminación.

Si consideramos más la nueva estructura, veremos que implica un nuevo elemento: “Son los nervios. ¿Cómo los voy a sacar afuera?” El *insight* capta el mundo interno en la forma siguiente: 1) un núcleo patógeno, el mismo discriminado (amor y odio, bueno y malo), es decir, modificable, enquistado en la persona. 2) Una persona enferma discriminada en persona como lo de adentro y “los nervios”, núcleo patógeno enquistado *pero* separable ya que discriminado. 3) Un mundo más amplió, el “afuera” implicado por la posibilidad de sacar los nervios cía adentro (de la persona) para afuera. Si se sacan, se sacan para otra parte. El mundo abarcado por el *insight* es una totalidad estructurada discriminada en un afuera y un adentro, el adentro discriminado en la persona y su enfermedad (los nervios), los nervios discriminados en bueno y malo, amor y odio.

La aparición del “afuera” en esa estructura impulsa a investigarlo, tactearlo como terreno de expulsión de los nervios. Son las fantasías descritas en la parte titulada “Culpa y reparación”. La proyección masiva es peligrosa (la pelota de fútbol). Pero la discriminación anterior dentro de los nervios permite separarlos, desenredarlos y distribuirlos tanto entre el adentro y el afuera como entre varios sectores del afuera que se van discriminando. Los objetos cobran individualidad, se captan con sus características propias: “el agua tiene reflejos amarillos”. La recuperación por el *insight* del mundo real con características objetivas permite a su vez más discriminación en el mundo interno, el ovillo está menos apretado, el quiste se ha abierto y el Yo, habiendo recuperado un

mundo ya suficientemente amplio y discriminado, se prepara para una nueva estructuración que permitirá nuevos ensanchamientos.

Es el momento en que se produce el sarampión, cuyo impacto provoca la regresión de toda la estructura. El yo, que anteriormente había aflojado su presión sobre el ovillo, se debilita más y ya no lo puede contener. El objeto enquistado regresa de la etapa fálica (fantasía de la escena primaria) a la etapa oral - sádica: un pecho no integrado, mejor dicho, no estructurado, mezcla confusa de todas las vivencias de la primera infancia en relación con la crianza. Las pulsiones ligadas al objeto regresan también a la etapa oral - destructiva, la voracidad y e' sadismo dentario resurgen (voracidad y sadismo achacados a la hermanita). El objeto disociado por su propia regresión y que el YO no tiene fuerza de mantener más unido, estalla. El yo regresivo, frente a la inundación instintiva, se apodera de la disociación como mecanismo defensivo y recurre a otro mecanismo primitivo: la proyección, para expulsar el objeto fragmentado. El ovillo - pecho se desparrama en la superficie del cuerpo. Queda en gran parte retenido ahí, expulsado de adentro como respuesta a angustias paranoides, pero sin llegar afuera por temor a angustias depresivas, localizado en la piel que se establece así como el límite entre lo externo y lo interno, como terreno de una expulsión transaccional para evitar la destrucción fuera y dentro.

La erotización de la piel hace revivir todas las experiencias de los cuidados corporales y de los contactos físicos con la madre en los primeros meses de la vida, que se habían enlazado con la imagen primitiva del pecho. Estos elementos buenos están atraídos por el núcleo integrativo del Yo que recupera así la vivencia del cuerpo como envoltura de la persona, límite entre el mundo y la persona.

Los aspectos malos de esa imagen primitiva del pecho e e expulsan con la quemazón y el desgarramiento de la piel causado por el rascar. Pero la proyección y la distribución no han sido totalmente controladas por el Yo debilitado, y no están retenidos todos los aspectos en la piel; algunos pueden haber pálido al "afuera". La piel es una barrera porosa, permeable. Algunos elementos han escapado y pueden contaminar al mundo externo; ya lo han contaminado de hecho: "Los contagié a todos". Cuando el chico vuelve al análisis después del sarampión, su mundo está desorganizado y tambaleante bajo la amenaza del ovillo desparramado.

En este momento creo que actúa de nuevo la presencia de la analista como estímulo para una reestructuración más amplia. La analista no está rabiosa, no se ha contagiado el sarampión. Se destaca en el mundo exterior como un objeto privilegiado, como una contraprueba en la realidad de las angustias paranoides y depresivas, y es por eso mismo un objeto bueno y necesitado. La urgencia de asimilar este aspecto hace cristalizar una nueva estructura, incluyendo a la analista, ya no sólo como un observador discriminado dentro de la persona, sino como objeto del mundo externo, discriminado dentro de este mundo externo por su capacidad de recibir los elementos expulsados por el YO sin estar afectado por ellos y sin hacerlos rebotar, absorbiéndolos para elaborarlos o eliminarlos como desechos. Es la comprensión de la función de la analista, es decir, la estructuración de una fantasía del tratamiento analítico como reestructuración de la fantasía primitiva de enfermedad.

Esta fantasía se expresa primeramente en el intercambio oral hecho conmigo del vaso de agua y de la pastilla de menta. Su evolución en el curso del tratamiento se puede ver en la parte de este trabajo titulada "Desembrollo del ovillo". La estructura del ovillo se ha modificado; ya se puede comunicar con el mundo exterior por el intermedio de la analista. El intercambio proyectivo e introyectivo está controlado por el Yo. El proceso de discriminación se incrementa por este control, y los objetos arcaicos bloqueados en la estructura del ovillo pueden evolucionar paulatinamente y aproximarse a la realidad.

El propósito de esta revisión era localizar y circunscribir más exactamente los momentos del *insight* para poder especificar en qué consiste el carácter productivo, integrativo, de tal visión interior.

Me parece que el *insight* considerado como factor de integración se puede definir como visión estructurada de un sector de la realidad psíquica. En este sentido, es análogo a lo que se entiende por *insight* (visión, intuición) en la invención científica o artística; es decir, una reorganización del campo perceptivo.

Pero creo que lo importante en el concepto del *insight* como visión estructurada, es que estructura implica discriminación. Es la discriminación que permite evolucionar a la estructura por redistribución de sus elementos e inclusión de elementos nuevos en una estructura ampliada. Parece ser el proceso específico por el cual se puede ampliar el campo de acción del Yo, el medio por el cual se puede ir ampliando e integrando como estructura cada vez

más compleja. Podríamos llegar a decir que el *insight* así entendido es el instrumento con el cual trabaja el núcleo integrador del Yo en el tratamiento analítico. Esta afirmación plantea otro problema: Coinciden o no, o en qué medida se pueden superponer en el núcleo integrador del Yo y el “Yo observador” que hemos destacado como condición primera del *insight*? Dejamos como solución provisional, que el núcleo integrador del Yo, representante del instinto de vida, está reforzado con el aporte de un nuevo o elemento que está estimulado a integrar, y que constituye así durante el análisis una estructura particular, integrando la función de observador, como específica del proceso terapéutico. Esto sería su diferencia de un núcleo integrador considerado en el desarrollo espontáneo de la persona.

Hemos visto que el *insight* hacía pasar al dominio del Yo a un campo siempre más amplio de la realidad psíquica. Algunos rasgos de este proceso de reintegración parecen particularmente importantes:

1) La discriminación del amor y del odio, es decir, el *insight* de la posición depresiva. Corresponde a la reestructuración de lo que Paula Heimann llama “fase polimorfa perversa” (4), y sustenta todos los procesos de reparación, simbolización y sublimación.

2) La discriminación del adentro y del afuera, de la persona y del mundo, porque permite el manejo de los mecanismos de introyección y proyección por el Yo, para descargar las tensiones internas y modificar los objetos arcaicos internalizados.

3) La discriminación de la persona corporal, es decir, la vivencia de la persona dentro de su cuerpo. La recuperación por el Yo de la representación del cuerpo es un paso importante hacia la integración total de las funciones del Yo, porque hace entrar en el dominio del Yo a las vivencias somáticas y su relación con la vida mental en un sentido estricto. Permite una expresión y una comprensión conjunta y no disociada de lo corporal, lo simbólico y lo verbal.

En el caso presentado, creo que la misma integración de la estructura inconsciente de la fantasía de enfermedad se hubiera producido por la evolución espontánea de las estructuras en la situación transferencial, pero que el sarampión, impacto externo sobre la estructura, precipitó la evolución

⁴ Paula Heimann: “A contribution to the Re - evaluation of the Oedipus Complex. The early Stages”. *The International Journal of Psycho- Analysis* XXXIII Part. II. 1952. (Pág. 89-92).

total e impuso la, recuperación del esquema corporal quizás más tempranamente que en una evolución estrictamente interna.

III. DESEMBROLLO DEL OVILLO

Decir que después del episodio del sarampión el ovillo de nervios se encontró en medio del cuarto de juego y que trabajamos los dos para desenredarlo, no es meramente una forma de hablar. El chico me pidió que le llevase un ovillo de hilo, que quedó definitivamente en su cajón, y que hasta la actualidad aparece con bastante frecuencia, entrelazado con otros elementos, en sus juegos. Tanto que es, metafóricamente, el hilo conductor para seguir la evolución de los nervios. En este caso, la metáfora pertenece a las fantasías más profundas y constantes del paciente. Los usos múltiples de ese ovillo de hilo, a veces sucesivos, a veces concomitantes, a veces contradictorios, a veces complementarios, nos pueden dar, según creo, una idea de la forma en que se elaboran, se aprovechan o se rechazan los distintos aspectos de los nervios.

El ovillo reapareció primero en forma de pelota, como en la fantasía de los chicos jugando al fútbol. Hizo una pelotita de plastilina, y se pasó casi toda una sesión tirándola al aire y atajándola. Proyectaba bajo la forma de la pelota la bola de nervios y se aseguraba el poder recuperarla y controlarla según sus deseos. Este juego monótono parecía producirle mucho placer. En la misma sesión, había dibujado anteriormente una hamaca «.oiga da de un árbol, con un chico hamacándose. Creo que los hijos que sostienen la hamaca son también una parte de los nervios, es decir, de las fantasías de masturbación, que pueden ahora causarle placer, y no sólo terror. La necesidad de reunirlos de nuevo en pelota y el juego de tirar la pelota corresponden a un intento de confrontarlos con la realidad externa, de meterlos en el mundo y de sacarlos para comprobar su peligrosidad o inocuidad.

Después de esto, los nervios pasan a ser elementos primordiales del juego, representando tanto las relaciones entre varias partes de su psiquismo como sus relaciones conmigo, las relaciones intrapersonales desarrollándose al mismo paso que las interpersonales, la integración progresiva y la aceptación de la escena personales, actúa conmigo, permitiéndole una mayor integración de su Yo.

El primer uso del piolín como tal fue para atarme, llevarme presa, mantenerme primer quieta e inmóvil. Esa actitud conmigo correspondía al mantenimiento de la represión con el mundo interno.

Era una presa que el comisario trataba con toda clase de atenciones. Me llevaba a pasear con él, y a pescar. Yo me sentaba al borde del agua — sobre la mesa — y lanzaba mi hilo siguiendo consejos. Muy pronto, él se tiró al agua y vino a ser el pez, un pez grande, que se resiste, un pez chiquito, que se deja pescar n gusto y requiere mimos, etc. Los distintos peces que consigo en esta forma son las distintas partes de él que “pesco” en el trabajo analítico, que él me va entregando o negando, que vienen hacia mí por el intermedio de sus nervios. El vehículo de agresión y de calentura que le une a mí es justamente lo que me permite “pescar” sus problemas, es el hilo a lo largo del cual suben las partes de él que vienen a juntarse conmigo. Es el pene que ahora acepta como órgano de unión. Al final de este juego, pesco un chico. Es él, que se deja atraer por mí, que quiere meterse dentro de mí. El hilo, los nervios, el pene, trazan el camino de la identificación. Se deja llevar por el impulso genital de meterse dentro de mí (hilos, pene), se anima a investigar mis contenidos entrando en mí.

El hilo fue después el hilo de un barrilete. El barrilete era él, o yo, alternativamente. Yo tenía que subir a los muebles, cada vez más arriba, a medida que con el hilo “remontaba” el barrilete. Después, hacía él de barrilete, y yo lo “remontaba”. Creo Que en este juego el hilo es principalmente vehículo de la calentura. Remontarme”, con el movimiento de vaivén en el hilo, es tratar de comunicarme su calentura. Hacerse “remontar” por mí, es aceptar la situación erótica conmigo. En los dos aspectos, los nervios expresados una vez más por el intermedio del pene, son vividos como instrumentos de unión y establecen una correspondencia entre nosotros (identificación proyectiva).

La erotización excesiva del hilo acarrea peligros que trata de superar por una nueva represión: me envuelve toda con el piolín. Estoy completamente atada, inmovilizada, y me van a matar. Pero todavía no estoy muerta, ahora tengo que dar último suspiro: “Diga, Ayy!”. La forma en que se abalanza sobre mí y el tono del “ayy!” que me manda decir no dejan lugar a dudas sobre el sentido de orgasmo de ese último suspiro. Al verme completamente sometida a él, en su poder absoluto, la excitación es demasiado fuerte. Atarme, inmovilizarme, era un intento de mantenerme quieta, y conmigo a los nervios

depositados en mí. Pero su contacto conmigo lo constituyen esos nervios, son al mismo tiempo la parte suya proyectada en mí que quiere volver inofensiva y los medios de los cuales se vale para inmovilizarla. De ahí que la represión no consiga sino hacerlos surgir con más intensidad y más especificación: me hace sufrir un orgasmo mortal. Se identifica con el padre en la escena primaria y efectúa conmigo un coito extremadamente sádico y destructivo.

La culpabilidad por ese crimen sexual fantaseado le hace regresar a fantasías homosexuales o autoeróticas, en las cuales el hilo se transforma en la soga de la bandera de una escuela o de un colegio militar.

Pero no puede quedarse en esa situación. Quedaría si fuesen menos potentes el instinto de vida y el impulso genital. Busca ahora una forma de separarse de mí, de aislarse en cierta medida. Los hilos cercan un escenario donde se exhibe una película de cow - boys, o sostienen los postes de un circo donde hacen pruebas los equilibristas. Es decir, que los nervios no están reprimidos, sino aprovechados. Lo aíslan de mí, pero al mismo tiempo enmarcan la dramatización de su mundo interno y permiten las pruebas peligrosas.

Después de haberse asegurado de esa capacidad de limitar, de contener, de sus nervios, me puede hacer entrar en el campo que delimitan. Los hilos forman ahora un camión y somos dos camioneros borrachos. Estoy al lado de él, dentro de sus nervios, borracha como él; cómplice de sus delitos de borracho — armamos escándalo en la noche y pegamos a los vigilantes — víctima como él de la persecución: tenemos que pelear y al final nos llevan presos. Me ha cercado con sus nervios, me ha hecho entrar en él y ahora sufrimos los dos el castigo (identificación introyectiva).

Si soy tan culpable como él y tan perseguida como él, no lo puedo ayudar, estamos perdidos los dos. Esa angustia lo lleva a separarse de mí de nuevo. Se va en un barco, yo quedo en tierra. Por los hilos del teléfono me comunica las peripecias de su viaje. Los hilos se han vuelto más elásticos, mantienen el contacto entre nosotros, pero en forma indirecta. Nos permiten comunicarnos a distancia, evitando los peligros del acercamiento excesivo, de la introyección total.

Comprobadas la elasticidad y la utilidad de esos hilos, me puede invitar a subir al lado de él a su barco, formado por el H" 'n y el colchón puesto en el

suelo al lado del diván. Los hilos sirven para unir el colchón al diván. Me sirven de lazo para rescatarlo en un momento en que se cae al agua y se está ahogando. Nos sirven a los dos para enlazar objetos que encontramos durante nuestro viaje: los otros muebles del cuarto, que son cofres de tesoros o arcones llenos de escopetas, y para mantener a esos objetos atados a nuestro barco y llevárnoslos. Los nervios pueden ser utilizados ahora como factor de unión, entran a reforzar la capacidad de síntesis del Yo; al mismo tiempo, la escena primaria es vivida como menos peligrosa, las relaciones sexuales se han vuelto una fuente de enriquecimiento: viajamos juntos en nuestro colchón, ayudándonos frente a los peligros y descubriendo nuevos mundos con tesoros y armas potentes y modernas. A la vuelta de nuestro viaje, decidimos construirnos una casa. Está formada por la mesa y las sillas unidas por los hilos que delinear los contornos de las habitaciones. Comprende un comedor inmenso y una serie complicada de pasillos que llevan a un dormitorio pequeño y apartado.

Construir la casa es construirse a si mismo, reconstruirse, y su primer intento produce un esquema bastante parecido al aspecto de su Yo del principio del análisis: incremento de las satisfacciones orales (el comedor) y mecanismos obsesivos numerosos (los pasillos) para aislar y reducir la fantasía de la escena primaria (el dormitorio). Esta interpretación le permite de inmediato ampliar la casa, que ahora va a comprender todos los muebles del cuarto, y con una repartición más adecuada de las habitaciones. Su casa se superpone al cuarto de juego; es decir, que el mismo se superpone a mí, o se amolda dentro de mí, aceptando ya como positiva esa unión total conmigo que corresponde a la unión sexual de los padres.

Volvemos a irnos de viaje en nuestro barco, que e,- es mismo cuarto. Los muebles unidos por los hilos son las distintas partes del barco, y cada uno tenemos una punta de los hilos que los mantienen unidos, pero en ciertas circunstancias él tenía las dos puntas y en otras me las entrega.

El desembrollo del ovillo muestra cómo las fases de represión que alternaban con fases de expresión, o expulsión, de los nervios, se vieron poco a poco sustituidas por fases de reparación, reconstrucción, que a su vez permitían una expresión más libre de los nervios.

Paralelamente, se matizaba la dramatización de la escena primaria que estaba actuando conmigo. Era al principio una identificación con una escena

primaria total y confusa, que se manifestaba con una agitación excesiva, con movimientos bruscos, gritos y cantos. Poco a poco, habían ido separándose los dos elementos de la pareja y representamos alternativamente el papel de cada uno. En momentos en que tomaba la posición masculina, observaba conmigo una actuación sumamente sádica, y muy erótica al mismo tiempo. Me arrinconaba (en la misma época, en su casa, arrinconaba a la hermanita haciendo alarde de su pene), se tiraba encima de mí, me pegaba, me ataba y me mataba. Penetraba en mí a la fuerza, tocándome una corneta directamente en el oído o depositando una escupidura en mi pañuelo. La identificación con un padre sádico, cuyo pene destruye, rebaja, ensucia, le causaba sumo placer, pero también le producía culpa, y eso fue lo que le llevó a las fantasías de reparación.

En otros momentos, yo era el comisario que lo llevaba preso, lo perseguía, lo maltrataba, le pegaba tiros o le clavaba un cuchillo, Toleraba muy mal esa dominación, y se rebelaba a veces antes de haber empezado a desempeñar el papel que me había asignado. Tomaba de nuevo la posición masculina, cuyo sadismo estaba reforzado como defensa contra el anhelo de sumisión, pero que las fantasías reparatorias venían a matizar de nuevo y a hacer más tolerable para los dos actores.

Así llegamos a un juego en el que yo era un cow - boy y era mi caballo. Era un caballo muy inteligente, lo dejaba completamente libre, y sólo con chistarlo conseguía que viniera él mismo a atarse a mi carro. Le explicaba adonde íbamos, y discutía con él la necesidad y oportunidad del viaje. Una vez en el pueblo comíamos y tomábamos vino juntos. Era mi caballo, pero era al mismo tiempo mi amigo. Esta fantasía corresponde al

Principio de sublimación de las pulsaciones homosexuales en la amistad.

El desembrollo y el extendimiento de los hilos corresponden a un ensanchamiento del Yo y de su realidad. El núcleo patógeno reprimido implicaba la represión por el Yo de ciertos sectores, realidad, debilitando asimismo al Yo. Cuando ese núcleo va evolucionando, que el perseguidor se hace menos peligroso, no se necesita reprimirlo con tanta intensidad, el Yo recupera parte de la fuerza gastada en esa represión y amplía su campo de acción. Integra al mismo tiempo partes de la realidad externa y del mundo interno. Las fuerzas instintivas ligadas dentro del núcleo patógeno se

modifican, se desligan de los contenidos más arcaicos, pasan a ser manejables por el Yo y aumentan su contacto con la realidad, (⁵)

IV. INSIGHT Y SITUACIÓN ANALÍTICA

Este bosquejo de la evolución del paciente, es decir, de la evolución de la fantasía del análisis, tiene por finalidad destacar algunos aspectos del *insight* que parecen ligados más estrechamente a la situación de transferencia.

Ya he señalado en la primera parte de estas consideraciones que la acción del analista consistía en impulsar al *insight*, porque su presencia insistente en el campo perceptivo del paciente fuerza a éste a modificar la estructura de su mundo interno para incluirlo. En este sentido, el analista obra como estímulo. El estímulo consiste, por una parte en el cambio material que la situación analítica significa en la vida del chico: Modificación su horario diario, entrada a una nueva casa, confinamiento en cuarto de juego durante el tiempo de la sesión, contacto repetido con una persona que no corresponde a las categorías conocidas de su ambiente. Actúa, por otra parte, como estímulo, la actitud de la analista, que no se queda fuera del mundo del chico, sino que lo observa atentamente e insiste en establecer el contacto con este mundo interno por sus interpretaciones. Aun dejando de lado el uso de interpretaciones transferenciales desde el principio, esa actitud de meterse dentro hace más urgente para el paciente la necesidad de incluir a la analista en una nueva estructuración de su mundo. La acción de la analista como estímulo como he tratado de mostrarlo, impulsa a la discriminación dentro de la persona del Yo observador, es decir, al primer cambio estructural que condiciona el *insight*, la vuelta de la mirada hacia la propia persona. Esta estructuración significa una asimilación parcial de la analista, la identificación con su función de observadora, que viene a reforzar las propias tendencias escotofílicas del

⁵ Susan Isaacs: “Modifications of the Ego through the Work of Analysis” 1948. *Childhood and After*. Routledge and Kegan Paul Limited. London.

Cuando el paciente es llevado gradualmente en la transferencia a enfrentarse con los conflictos que su yo débil no podía dominar, llega a encontrar soluciones mejores y defensas más adecuadas gracias al reforzamiento del yo que acompaña el trabajo analítico y resulta de él. Ese reforzamiento del yo, está ligado a una disminución del poder del super —yo arcaico — las imagos internalizadas terroríficas — y al desarrollo de un super - yo más conforme ala realidad y más maduro”.

paciente. Pero significa al mismo tiempo un rechazo, o por lo menos un dejar de lado, de los otros aspectos de la analista, que quedan fuera del mundo del paciente.

El incremento del *insight*, es decir, la estructuración siempre más amplia y discriminada en la fantasía de la persona y del mundo externo, en la medida en que integra el mundo externo, discrimina más a los objetos reales con sus características propias. Llega un momento en que la analista se discrimina forzosamente como objeto privilegiado, porque sus reacciones son distintas de las de los otros objetos: por su permanencia y su identidad, a pesar de las fluctuaciones de las vivencias, se distingue como objeto más firme, más seguro; es decir, objeto bueno y necesitado. En el caso presentado, esa discriminación fue precipitada por la prueba en la realidad de la inmunidad de la analista al sarampión, pero debe ocurrir en cualquier análisis sin el sustento de la posibilidad de contagio de una enfermedad real, por la mera comprobación de que las fantasías y conducta que modifican al mundo externo no modifican al analista. El paciente necesita entonces incluir ese aspecto bueno del analista en su mundo como sustituto de un mundo externo insuficientemente explorado como objeto transaccional que permite la expulsión fuera de la persona de los peligros amenazadores del Yo, sin por eso ponerlos en objetos del mundo exterior que siguen siendo movedizos inseguros, expuestos a variaciones, como el derrumbamiento o la transformación en perseguidores. Esta integración del analista como objeto transaccional entre la persona y el mundo externo es la estructuración de lo que he llamado la fantasía del análisis.

Creo que el estatuto particular de la analista en la fantasía del paciente tiene importancia para el desarrollo del *insight*. La analista pertenece conjuntamente a dos estructuras: está incluida el mundo interno, con la posibilidad de extender sobre ella por proyección partes de este mundo. Por ejemplo, voy a representar alternativamente al padre y a la madre internalizados cuando actúa conmigo la escena primaria. A veces el paciente pone en mí el aspecto gratificador y protector de los padres: cuando mimo al pececito o rescato a mi compañero que se ahoga; otras veces su aspecto perseguidor; el comisario que lo lleva preso y lo maltrata. Soy la pantalla sobre la cual puede proyectar partes cada vez más discriminadas de sus objetos internalizados.

Pero sigo siendo un objeto del mundo externo, por mi ubicación fuera de su cuerpo. Tengo mi existencia propia en la realidad y represento también esa realidad. Soy también una pantalla para esa realidad externa. Mi pertenencia a las dos estructuras hace de mí no tanto un límite entre los mundos interno y externo, como su punto de contacto, un territorio neutro, un “no man’s land” donde pueden colindar sin peligro real los dos mundos. Cuando me ata, me pega, me mata, me hace sufrir las agresiones dirigidas en la fantasía a la madre internalizada, pero sus ataques no alcanzan a la madre real. Como corolario, si no realmente muerta y si no contesto a su agresión con una persecución, mi pertenencia al mundo real le asegura que su fantasía no va a desencadenar una persecución en la realidad.

Es decir que puede probar en mí con relativa inocuidad el encuentro de la de la realidad y de la fantasía.

Soy como una pantalla de doble proyección, sobre la cual puede observar cómo se mezclan, se combinan, se unen o se superponen la fantasía y la realidad. Puede ver “afuera” lo que produce ese encuentro, sin sufrir sus consecuencias dentro de su persona. Es más tolerable la actuación conmigo de una escena primaria sádica — porque en realidad no pasa nada, y permite una prueba de realidad sin afrontar los peligros de la realidad — que la fantasía de la escena primaria destructiva dentro de la persona. Es más fácil comprobar que la analista no está destruida que imaginar una falta de reacción en la señora que recibe el pelotazo. Creo que esa “visión afuera”, en el campo experimental que constituye la analista, facilita mucho la “visión adentro”, el *insight*. Los intercambios entre este campo experimental y las otras partes del mundo interno son fáciles, ya que pertenecen a una misma estructura. Van disminuyendo el carácter fantástico de los objetos internos, la necesidad de su disociación disminuye en la misma medida, aumenta el alcance del Yo observador.

Dejando de lado, aunque sea artificial — pero llevaría a demasiados problemas fuera del tema — el efecto de las interpretaciones, creo que podemos retener dos aspectos de la influencia de la situación analítica sobre el desarrollo del *insight*. El analista actúa primeramente como estímulo: Su presencia, y después el reconocimiento en el de un objeto necesitado, movilizan al mundo interno del paciente por la urgencia de incluirlo en una nueva estructura. Una vez establecida la fantasía del análisis, el estatuto

particular del analista como pantalla de doble proyección (de la fantasía y de la realidad) le permite contrarrestar los terrores a los objetos internalizados, haciendo cada vez menos necesaria la negación de la realidad psíquica.

CONCLUSIÓN

He relatado las primeras semanas del análisis de este caso y ciertos aspectos de su evolución ulterior con la intención de estudiar la aparición de la fantasía de enfermedad y la adquisición del *insight* en la situación analítica. Creo que el material expuesto puede fundamentar las conclusiones siguientes:

1) Se va estructurando al principio del análisis una fantasía de enfermedad que incluye una representación de la enfermedad como entidad y una representación de las relaciones de la personalidad con esta entidad.

2) Esta fantasía evoluciona por reestructuraciones sucesivas hasta transformarse en una fantasía del análisis.

3) El *insight* podría definirse como la visión estructurada fantasía o de ciertos sectores de esta fantasía; es decir, la visión de una totalidad discriminada. Es la discriminación que permite la reestructuración. El *insight* resulta tanto más integrador cuanto más amplio y discriminado es su campo.

4) La influencia de la situación analítica sobre la adquisición del *insight* puede entenderse como. . . .

a) un estímulo para la formación de nuevas estructuras,

b) La posibilidad de una “visión afuera”, el analista funcionando como una pantalla de doble proyección, que facilita la “visión adentro”, el *insight*.